

con la forma como se construyó la geografía de la nación durante el siglo XX. Ante esto la pregunta es: ¿Por qué sólo se separó Panamá, pero no ninguno de los otros territorios que vivieron el mismo abandono por parte del Estado central y soportaron la misma discriminación y racismo (como sucedía, y sucede, en las costas y en otros departamentos del país)? Este problema no puede eludirse, porque significa desconocer que Panamá pudo constituirse en un nuevo país —único caso después de la balcanización de la independencia, en que en la América española se creó un nuevo Estado—, debido a la importancia estratégica y geopolítica de ese territorio para el naciente imperialismo estadounidense. Desde luego, esto no significa negar la responsabilidad de las clases dominantes de Colombia por la pérdida de Panamá, sino simplemente recordar que Panamá logró su “independencia” por la acción activa del imperialismo estadounidense, que aprovechó el abandono del istmo, situación que los favoreció para llevar a cabo sus planes de construir el canal en su exclusivo beneficio. De ahí que resulte discutible afirmar que el senado de Colombia fue responsable de la pérdida al haber votado en contra el oprobioso tratado Herrán-Hay, cuando ya en Estados Unidos se estaba preparando la secesión, sin tener en cuenta las decisiones que se tomaran en Bogotá. Además, la determinación del senado colombiano se constituyó en una de las pocas acciones de dignidad y soberanía nacionales en toda la historia de nuestro país, teniendo en cuenta el carácter del tratado en cuestión. Tampoco es cierto que en la discusión de ese tratado en el senado colombiano no participaron los representantes de Panamá. Claro que participaron en su discusión, puesto que allí estuvieron presentes los delegados del istmo, y uno de ellos, Juan B. Pérez, se destacó por su oposición a las pretensiones imperialistas de los Estados Unidos. Aún más: Pérez hizo el más importante y documentado alegato contra el tratado Herrán-Hay.

También resulta imprecisa la rotunda afirmación de que, después de la pérdida de Panamá, en Colombia no se escribió ni un solo artículo por parte de investigadores colombianos hasta cuando fue publicado el libro de Eduardo Lemaitre en 1972. Ésta es una afirmación inexacta, ya que sí fueron publicados algunos artículos y libros, desde la izquierda, como el libro de Anteo Quimbaya *Problemas históricos de la actualidad* (Ediciones Sociales, Bogotá, 1953), que luego fue reeditado en 1964 con el título *Problemas históricos de la actualidad: por qué el Canal de Panamá debe ser y será de los panameños*, o las referencias que hace Jorge Villegas en su libro *Petróleo: oligarquía e imperio* de 1968. Eso sin considerar el libro de Óscar Teherán, que fue escrito en 1936, si se tiene en cuenta que éste siempre se declaró colombiano a pesar de que vivió y murió en Panamá.



Aunque el libro está muy bien escrito tiene una serie de imprecisiones, entre las que podemos destacar las siguientes: “A partir de 1967 [sic], año en que David Bushnell escribió su excelente estudio sobre la administración de Santander” (pág. 15) (ese libro fue publicado en 1954); “Francisco Vergara y Velasco, Nueva geografía de Colombia, de 1892 [sic, la edición es de 1901]” (pág. 31).

Desde el punto de vista formal, a lo largo del libro se abusa del empleo de citas muy extensas a pie de página, que fácilmente se habrían podido integrar al cuerpo del texto. Y en una ocasión se recurre a una extensa cita en inglés (nota 25, págs. 29-30), de lo cual se habría podido prescindir,

pues ese recurso es muy pretencioso e innecesario. Tranquilamente se habría podido traducir la cita, para facilitarles el trabajo a los lectores que no son doctos en esa lengua. Estos detalles de forma le restan calidad editorial al trabajo señalado, lo cual no impide reconocer que la principal virtud de esta investigación radica en bajar del pedestal a los próceres patrios, a los intelectuales orgánicos de las clases dominantes colombianas y a los historiadores de la vieja y nueva historia que han reproducido y legitimado los mitos racistas y discriminatorios tanto de los héroes de la independencia como de los ideólogos europeizantes del siglo XIX.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Desastrosa redacción y lugares comunes

Leopardos y tempestades.

Historia del fascismo en Colombia

Juan Carlos Ruiz Vásquez

Fundación Cultural Javeriana, Bogotá,
2004, 265 págs., il.

De Juan Carlos Ruiz, autor de este libro, se nos anuncia en la solapa principal que es politólogo de la Universidad de los Andes y el primer colombiano en haber obtenido el título de máster en administración pública en la Ena (École Nationale d'Administration). Nos encontramos, entonces, con lo que en Francia se denomina un “enarco”, como se cataloga a los egresados de una de las instituciones académicas reservadas para la elite francesa y sus pares de otros lugares del mundo, de donde salen los funcionarios que luego se empotrarán en los más altos cargos del poder público y privado de ese país y de los lugares de donde proceden.

Pero, por lo visto en el libro que entramos a comentar, ser un “enarco” y politólogo de los Andes no ga-

rantiza para nada que allí se aprenda a escribir, o, para no ser tan exigente, ni siquiera a redactar, porque el texto que reseñamos adolece, de principio a fin, de errores de redacción, puntuación, concordancia de tiempo y número, muletillas, deficiencia en el uso de la coma y el punto y coma y de numerosas imprecisiones históricas. Para dar algunos ejemplos, vamos a fatigar al lector con la transcripción de algunos de los pasajes más horrorosos de este libro.



“En el campo, existieron igualmente, amplios sectores inclinados hacia la derecha política. El fascismo tuvo en los ‘sistemas agrarios represivos de mano de obra’ el terreno abonado para su consolidación como un instrumento de la aristocracia rural con el objeto de mantener, así incólume, su poder en la sociedad agraria pero asegurando al mismo tiempo, el excedente de la producción campesina” (pág. 24). En medio de este galimatías, un lector común y corriente no entiende qué quiere decir su autor, puesto que se debería aclarar, lo que no necesita mucho esfuerzo, en qué consisten los “sistemas agrarios represivos de mano de obra” y cuál es su relación con el excedente de la producción campesina.

“Para Gurrit Huizer y Eric Hobsbawm el campesinado actuaba de manera homogénea y las posibles diferencias sociales que podrían subdividir en clases al campesinado no tenían razón de ser por cuanto entre los campesinos no existían mayores diferencias” (pág. 25). Se habría podido decir sin tantas vueltas

que los campesinos actuaban de manera homogénea porque entre ellos no existen mayores diferencias, lo cual, entre otras cosas, no es cierto y difícilmente puede sostenerse que eso piensa Hobsbawm.

“Por esta razón es conveniente señalar que la unión de varias características, quizá tres o más, va perfilando cualquier gobierno o acción política hacia el reconocimiento del fascismo como directriz primigenia” (pág. 47). Habría que precisar cuáles son esas características y si en lugar del “reconocimiento del fascismo como directriz primigenia” no sería mejor hablar de regímenes fascistas.

“No obstante, ciertas condiciones ideológicas, entre la Iglesia y el fascismo, expresadas en las encíclicas papales sobre el orden social anticomunista y corporativo, le abrieron espacio a variadas simpatías por estos regímenes [sic] totalitarios” (pág. 98). Si está hablando de afinidades ideológicas (lo cual es distinto a condiciones) entre la Iglesia y el fascismo, no queda claro en qué consiste eso de abrir espacio a “variadas simpatías por regímenes [sic] totalitarios”.

“El resultado evidente de las fisuras sociales y las necesidades económicas más apremiantes de la sociedad se manifestaron y buscaron una salida en la violencia” (pág. 123). Nótese los errores de concordancia entre el resultado (singular) y manifestaron (plural), además de que es confuso lo de “buscaron una salida en la violencia”. ¿Quiénes buscaron esa salida: las fisuras sociales o las necesidades económicas? La pregunta suena rara, porque confusas son las afirmaciones del autor.

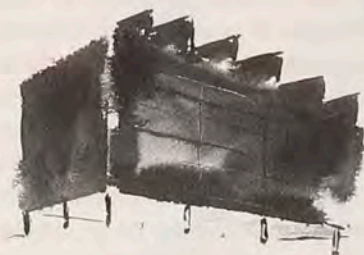
“Para las elecciones de 1949, el clero se movilizó en los campos haciendo un llamado a la votación conservadora por medio del sentimiento católico” (pág. 124). ¿No hubiera resultado mejor decir que el clero, acudiendo a los sentimientos católicos de la gente, pedía a los campesinos que votaran por los candidatos del partido conservador?

“Cualquier escollo podía representar la desgracia para la familia campesina para toda su vida. Por esta razón, el campesino acudió tam-

bién a actitudes deshonestas que le brindaran la posibilidad de subsistir en esta selección natural; alterando, por ejemplo, los linderos o robando las cosechas” (pág. 167). Acudir al principio biológico de la selección natural es propio del darwinismo social y difícilmente puede ser aceptado para analizar el comportamiento de los campesinos, como hace de manera atrevida nuestro autor.

“Cuando el 13 de junio de 1953, el General Gustavo Rojas Pinilla tomó el poder; entre tantos uniformes militares, que vivaban y aplaudían su proclama, se encontraban dos civiles no menos entusiastas: Mariano Ospina Pérez y Gilberto Alzate Avendaño” (pág. 175). Muy interesante que sean los uniformes militares y no los individuos que están dentro de ellos los que aplaudan una proclama. ¡Como en *El capital* de Marx, la levita adquiere vida propia, separada del ser de carne y hueso que la porta!

“Las conclusiones de Laureano Gómez no eran, ni mucho menos novedosas, las teorías pseudocientíficas de la época buscaban demostrar las diferencias raciales y la supremacía étnica de una cultura sobre otra” (pág. 194). Qué útil sería usar algunas palabras que conectaran las dos ideas, tales como *puesto que, ya que* o algo similar, para que no se use un lenguaje escrito propio de tartamudos.



Estos ejemplos, entre muchos, son suficientes para mostrar la “calidad narrativa” del enarco Juan Carlos Ruiz, a quien en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de

los Andes, en Colombia o en la École Nationale d'Administration, en Francia, le debían haber dictado un cursito de redacción, o por lo menos sus mentores intelectuales, en la primera universidad, le debían haber sugerido ejercitarse un poco más en el arte de escribir. Que nuestro autor de marras no conoce los aspectos elementales de la comunicación escrita se evidencia con otras serias limitaciones estilísticas que se encuentran en el libro comentado.

En efecto, a lo largo del texto y en innumerables ocasiones se usa la muletilla “al interior de”. También se utilizan palabras rebuscadas, cuando se podían usar las más comunes: por ejemplo, en lugar de los “redactores del manifiesto conservador” dice los “*redactantes* [sic] del manifiesto conservador” (pág. 148), o en lugar de “llamados conservadores” sostiene que “este campesinado era altamente susceptible a los llamados conservaduristas [sic]” (pág. 162), y a cambio de urbanización habla de “creciente urbanismo” (págs. 232 y 239).

Para completar, existen una serie de imprecisiones que resultan inadmisibles, tales como las siguientes: UTC significa Unión de Trabajadores de Colombia y no Unión de Trabajadores Colombianos (págs. 121-122); CTC quiere decir Central de Trabajadores de Colombia y no Central de Trabajadores Colombianos (pág. 212); en 1926 se fundó el Partido Socialista Revolucionario y no el Partido Socialista (pág. 101); en la década de 1930 no estaba haciendo carrera en los Estados Unidos el “Estado benefactor” (pág. 101) sino el New Deal; el señalamiento de los judíos como una “clase peligrosa” (pág. 201) resulta incomprensible, porque más bien el nazismo siempre los presentó como una “raza peligrosa”, pues las dos cosas no son sinónimas; “la Primera Guerra Mundial había permitido el surgimiento de este proceso industrializador en cuya base estaba la necesaria sustitución de importaciones” (pág. 206), algo muy impreciso, porque en Colombia las primeras industrias son muy anteriores a la primera guerra

mundial y la sustitución de importaciones cobró fuerza a raíz de la Gran Depresión, que se inició en 1929; “las residencias de Alfonso López y Alberto [sic] Lleras... fueron incendiadas y saqueadas” (pág. 229) es inexacto, porque la casa incendiada fue la de Carlos Lleras Restrepo.

En ocasiones frecuentes se escribe en forma taquigráfica, como se ha ido generalizando en los textos que ahora se elaboran, como resultado de la “tecnolengua” fragmentaria de la internet y de los aparatos informáticos, tecnolengua que cada día es más empleada por todos aquellos que se mueven en el mundo universitario y profesional. Por eso no resulta extraño que se empleen frases cortadas, incompletas y sin sentido, como cuando se dice “Renglón seguido Hitler continuaba con su diatriba...” (pág. 44), en vez de “A renglón seguido”, o cuando dice “Referente a las ideas liberales” (pág. 137), en lugar de “En lo referente” o “Con referencia...”



El autor no sabe emplear la coma, como se ejemplifica enseguida: “En 1944, el gobierno Colombiano, [sic] confinó a 150 alemanes en un campo de concentración de Fusagasuga [sic]...” (pág. 100); “Inveteradamente, el llamado a los feligreses, [sic] había sido bastante fructífero desde los púlpitos...” (pág. 100).

Pero tampoco tiene idea de cómo se debe usar el punto y coma, tal como se indica en la cita que se presenta a continuación: “En vista de los insistentes rumores sobre un levantamiento militar auspiciado por

la Acción Católica y Gómez, en el departamento del Cauca; [sic] el gobierno, por intermedio de su ministro Alberto Lleras, presionó ante el Vaticano el traslado de González Arbeláez [sic] a una diócesis menos importante” (pág. 116).

Afortunadamente, en el libro se incluyen veinticuatro páginas de fotografías, y decimos afortunadamente, no tanto por la novedad del material gráfico —donde aparecen fotos muy conocidas de Hitler, Mussolini, los Leopardos o representantes de las altas jerarquías eclesiásticas—, sino porque con su inclusión el lector evita la pena de soportar dos docenas adicionales de páginas farragosas y mal escritas.

Si nos hemos detenido con todo detalle en describir los errores gramaticales del autor ha sido con el objetivo de mostrar el pésimo nivel de formación en cuanto a escritura que están proporcionando las encofetadas universidades colombianas en las que se forman las elites dominantes de este país, lo cual no se arregla por decreto estudiando en instituciones similares de Francia o de otro país. Es inaudito que se publiquen libros de tan mala calidad formal, sin ni siquiera haber pasado por el tamiz de un imprescindible corrector de estilo, como forma de suplir las limitaciones de todos aquellos que están comenzando a escribir, muchos de los cuales piensan que con mediaciones tecnológicas (como el corrector automático del procesador de palabras) pueden solucionarse esos problemas.

Después de las consideraciones anteriores, poco queda por decir con respecto al contenido del libro, por la sencilla razón de que sus yerros de escritura hacen muy difícil asimilar sus ideas fundamentales. Solamente puede agregarse que el subtítulo del libro ya es muy pretencioso, al querer hacer una “Historia del fascismo en Colombia”, que como idea es muy sugestiva, pero cuyo desarrollo es más bien mediocre. En ese sentido, en el libro se presentan una serie de lugares comunes sobre el fascismo, el nazismo y el falangismo, basándose en fuentes más o menos convencio-

nales pero sin profundizar en la amplia bibliografía sobre la temática —muy nutrida, por lo demás—. A manera de ejemplo, sólo baste decir que no se trabajó el libro de Stanley Paine titulado *Historia del fascismo*, uno de los análisis más sistemáticos y recientes sobre este tema.



De la misma forma, resulta sintomático de la “profundidad” y “rigor” del libro comentado que, para ciertos temas, la bibliografía consultada se limite a simples artículos de prensa o, cuando mucho, de enciclopedias. Concretamente, es deplorable que, con respecto a la historia de las Internacionales obreras, el artículo de referencia sea uno del periódico *El Espectador* publicado el 24 de enero de 1982, desconociendo toda la vasta literatura existente al respecto, como, para dar sólo un ejemplo, *La historia general del socialismo* dirigida por Jacques Droz. De la misma forma, en una investigación seria no es recomendable que se cite como una fuente básica y permanente la *Nueva Historia de Colombia* de Editorial Planeta, que no pasa de ser una enciclopedia de divulgación. Entre otras cosas, estas limitaciones bibliográficas son un reflejo de la pobreza en el tratamiento de fuentes primarias para analizar el fascismo en Colombia, lo cual supone, como en toda reconstrucción histórica, un trabajo sistemático y riguroso de búsqueda y consulta de fuentes, algo, por supuesto, inexistente en este libro.

Por ello, es apenas comprensible que para el caso colombiano el autor se haya limitado a repetir los aspectos más o menos conocidos sobre los

Leopardos, Laureano Gómez, las relaciones de la Iglesia católica con la extrema derecha y las simpatías fascistas de importantes figuras del partido conservador (como Gilberto Alzate Avendaño y Silvio Villegas). En realidad, sobre cada uno de estos aspectos, en el libro reseñado no hay ni una contribución significativa, desde el punto de vista documental o analítico, que represente un avance en el estudio del fenómeno fascista en Colombia.

Un libro como el que acabamos de comentar es de tan mala calidad en todos los terrenos, que solamente puede servir como modelo, por la vía negativa, de cómo no se debe escribir y de cómo no se debe investigar, lo cual pone de manifiesto que la formación básica que proporcionan las universidades colombianas actuales (incluyendo las privadas de más alta alcurnia) es deplorable y que la mayor parte de sus egresados (en gran medida, los futuros gobernantes del país) son analfabetos tecnologizados y políglotos, pero analfabetos al fin y al cabo.

RENÁN VEGA CANTOR

Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

God is my anchor

Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII
Renán Silva

La Carreta Editores, Medellín, 2004,
240 págs.

De entrada, hallamos algo peculiar en este libro: una Presentación donde el autor nos dice que los tres estudios de que se compone fueron originalmente escritos a principios de los años ochenta, y son revisados ahora, unos veinte años más tarde, corrigiendo numerosas erratas, mejorando la sintaxis complicada, acercándolos a un lector desprevenido. Silva, ahora, es lector crítico del texto, escrito por el entonces joven pro-

fesor acucioso y minucioso con los archivos, que encuentra algo para contar, y que no sabe y no se ocupa mucho sobre cómo expresarlo. Sentimos una breve tregua, leyendo esta prosa algo enrevesada y tortuosa, en la segunda parte, introduciendo dos personajes claves del texto, el sabio Mutis y el fiscal Moreno y Escandón, cuando Renán Silva se relaja un poco y ensaya a la literatura: “Serenó, repitiendo casi los mismos gestos y movimientos, tal como lo había hecho un poco más de diez años atrás a su llegada a Santafé como médico oficial del Virrey, vuelve a la Capilla del Colegio y desde la cátedra inicia su exposición. Ahora, como en aquel día lejano de su arribo al ‘mundo nuevo’, lo hace de manera emocionada, pero tranquila” (pág. 139). Va a tratar las teorías heliocéntricas de Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, en el Colegio Mayor del Rosario, entre jóvenes curiosos y viejas cavernas. Silva declara desde el principio su afecto y admiración por Mutis, que yo comparto a plenitud, y trae las palabras de su discípulo José Ignacio de Pombo, en carta a Mutis: “Todo buen americano debe amar a vuesa merced, porque tal vez vuesa merced es el primer europeo que ama a América y a sus hijos” (pág. 108). Uno de los primeros españoles venidos a la Nueva Granada que han amado de veras esta tierra y a sus hijos, Mutis y los botánicos-dibujantes de la Expedición Botánica, tres siglos después del descubrimiento y la conquista. Y es que las noticias, y los afectos del corazón, siempre han llegado tarde a esta ensimismada y también fatal Nueva Granada; la primera Granada fatal, “¡Oh mi Granada!”, hizo explosión en Lorca, cuando los dueños del balón de esta villa a la sazón, 1936, lo dieron de baja en un amanecer aciago de agosto en Viznar, no lejos de Granada, “Denle café, mucho café”, dijo el fatuo general Gabrelliano que dio la orden, “A las cinco en sombras de la tarde”, cuando irrumpe el fascismo en España. Apenas hacia 1738 llega la imprenta a la Nueva Granada (pág. 50), demasiado tar-